

Sobre el Perú

Homenaje a José Agustín de la Puente Candamo



Capítulo 3



Pontificia Universidad Católica del Perú

FACULTAD DE LETRAS Y CIENCIAS HUMANAS

FONDO EDITORIAL 2002

Sobre el Perú: homenaje a José Agustín de la Puente Candamo

Editores:

Margarita Guerra Martinière

Oswaldo Holguín Callo

César Gutiérrez Muñoz

Diseño de carátula: Iván Larco Degregori

Copyright © 2002 por Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú. Plaza Francia 1164, Lima

Telefax: 330-7405. Teléfonos: 330-7410, 330-7411

E-mail: feditor@pucp.edu.pe

Obra completa: ISBN 9972-42-472-3

Tomo I: ISBN 9972-42-479-0

Hecho el Depósito Legal: 1501052002-2418

Primera edición: mayo de 2002

Derechos reservados, prohibida la reproducción de este libro por cualquier medio, total o parcialmente, sin permiso expreso de los editores.

Palabras del padre Armando Nieto Vélez, S. J.

Academia Nacional de la Historia

Nada puede resultarme más grato que aceptar la invitación del Decano de la Facultad de Letras para decir unas palabras de agradecimiento y de homenaje a José Agustín de la Puente Candamo, al celebrar el quincuagésimo aniversario del comienzo de su docencia en nuestra Universidad.

Como él mismo lo ha reiterado tantas veces, es grato agradecer. Me honra el encargo del doctor Franklin Pease, sabiendo también que puedo considerarme en estos momentos el portavoz de aquella primera generación de alumnos –llamada generación del cincuenta– que inició su vida universitaria en las viejas aulas de la plaza de la Recoleta teniendo a dos excelentes maestros: José Agustín de la Puente en Historia del Perú, y Luis Jaime Cisneros en Castellano. Ninguno de los dos llegaba a los treinta años de edad.

Para los que veníamos de las clases escolares con marcada predilección por los estudios históricos, la enseñanza de José Agustín de la Puente la confirmó y reafirmó, le dio amplios horizontes y nuevos contenidos, sobriedad en el gesto, claridad en la expresión, información probada y exacta, juicio ponderado y comprensivo eran características de sus clases. Todo ello unido siempre al respeto por las opiniones discrepantes.

La Universidad Católica atravesaba entonces por un momento interesante de sus treinta años de existencia. La Santa Sede le había otorgado –en 1942– el reconocimiento de Pontificia. Pero, para el Estado seguía –en 1948– dependiendo aún de la Universidad de San Marcos. Recuerdo que, en el verano de 1949, los que habiendo concluido el colegio en diciembre de 1948, deseábamos ingresar a la Católica, estábamos obligados a dar dos exámenes de admisión –escrito y oral– junto a los postulantes de San Marcos en locales y ante jurados de San Marcos. Poco tiempo después, el Gobierno concedió a nuestra Universidad la categoría de “nacional” con lo cual no sólo concluía definitivamente la anacrónica dependencia de San Marcos, sino que el Estado reconocía la seriedad y la madurez de la obra del P. Jorge Dintilhac. Era una universidad pequeña comparada con las dimensiones de la actual, no solamente en términos de edificios sino tam-

bién y sobre todo en alumnos. Bastará citar las cifras que daba el Rector P. Rubén Vargas Ugarte S.J. en su Memoria de 1948:

Se ha advertido un ligero aumento en el alumnado cuyo número se descompone así:

Facultad de Derecho	159
Facultad de Letras	222
Fac. de CC. Económicas	166
Fac. de Ingeniería	112
Fac. de Educación	92
Escuela Normal de Varones	109
Escuela Normal de Mujeres	161
Escuela de Periodismo	144
Inst. Femenino de EE. Superiores	83
Academia de Arte	44
Lo que da un total de alumnos de	1292.

En 1947, a iniciativa de Víctor Andrés Belaunde y con la aprobación del Consejo Superior de la Universidad fue creado el Instituto Riva-Agüero como un centro “destinado a favorecer los estudios de investigación histórica, literaria y artística y los temas de discusión jurídica, filosófica y social” –como se lee en el primer prospecto– o –en palabras de Raúl Porras, que consigna el Acta de Fundación– como un “centro de estudio en el que se estimule la investigación histórica y humanística y se exalten y defiendan los valores cardinales de la Fe, la tradición hispánica y de la peruanidad íntegras que inspiraron la vida y la obra de Riva-Agüero”.

Para nadie es un secreto que fue José Agustín de la Puente el brazo derecho de Víctor Andrés Belaunde en la fundación y la marcha del Instituto. Como Secretario General le tocaba la responsabilidad de hacer que el Instituto fuese una realidad viviente y una obra que recogiese y alentase los esfuerzos de los colaboradores, profesores y alumnos que veían con simpatía la creación de ese nuevo vástago de la Universidad en memoria del benefactor y en provecho de la cultura nacional.

No hay duda de que –dentro de la vida del Instituto– y entre sus múltiples actividades (cursos, conferencias, exposiciones, biblioteca, etc.) la tarea de los Seminarios resultó ser “la más activa y original y la que presta su verdadero espíritu al Instituto, al continuar la obra de investigación del maestro”. Estas últimas frases están tomadas del

prospecto inicial, impreso en mayo de 1947; y al cabo de medio siglo han demostrado ser verdaderas en su exacto cumplimiento.

En la referida Memoria del Rector, dice el P. Vargas Ugarte, quien no era precisamente muy pródigo en elogios: "El Instituto Riva-Agüero ha venido a ser el centro de actividad cultural de más relieve en nuestro medio".

El Seminario de Historia, dirigido por José Agustín, y el de Literatura española, dirigido por Luis Jaime, dieron muestras de dinamismo, de iniciativa y muy pronto cuajaron en frutos de perseverantes investigaciones individuales y colectivas, publicaciones y tesis de bachillerato y doctorado.

Más aún que las mismas clases magistrales en las aulas de la plaza Francia, las reuniones del Seminario de Historia –gracias a la cercanía entre sus miembros y la mayor personalización y exigencia del trabajo– cumplían una tarea de formación de alta calidad. José Agustín supo despertar el interés por la investigación original, el cultivo de la lectura de clásicos de la historiografía universal desde Herodoto y Tucídides a Ranke y Macaulay, y la aplicación a las pacientes tareas de la búsqueda bibliográfica y documental.

Pero más allá de la exactitud en el dato y en la información, nuestro director del Seminario transmitía certezas sobre la realidad histórica de nuestro país y sobre el valor de la fe dentro de la vocación universitaria. Le hemos escuchado muchas veces afirmar que el Perú no es un exceso semántico ni un abuso de lenguaje, y que reconocer la pluralidad de aportes culturales no significa negar la esencia del Perú mestizo, que tiene una tradición y un destino, el cual sólo se nos revela por la historia; tradición y destino de acogida, no de discriminación.

En sus libros, en las clases, en sus conferencias, José Agustín de la Puente ha reiterado su preocupación por la verdad, por el comportamiento leal, por el valor para asumir las consecuencias de las propias actitudes. Tal vez las dos figuras históricas que ha estudiado con mayor afecto e interés han sido la de José de San Martín en la Independencia, y la de Miguel Grau en la República. Alejado por temperamento y estilo humano de toda grandielocuencia retórica, José Agustín de la Puente destaca la probidad y el decoro.

Al exaltar la figura del Almirante subraya su retrato de hombre sencillo, su vigencia de marino y de peruano, de diestro oficial y padre de familia afectuoso y responsable, que supo vivir sin alardes las virtudes del trabajo y del deber. José Agustín de la Puente cree que ése es el mensaje que el maestro auténtico debe transmitir y vivir "más allá del óleo solemne, del monumento, distante" y más allá también de los

homenajes pomposos que sonrojarían la tímida memoria del Caballero de los mares.

Hace pocas semanas, al referirse Pablo Macera a los maestros que tuvo nuestra generación del cincuenta, dijo que José Agustín de la Puente se había distinguido siempre por la coherencia y la lealtad a sus principios. Permítanme añadir que lo que expresó un profesor de San Marcos lo reiteran en este acto los profesores de la Universidad Católica con el mayor énfasis y con el entrañable reconocimiento que merece nuestro antiguo maestro José Agustín de la Puente, en estos cincuenta años de docencia ejemplar y memorable.